

patio. Pasé al segundo, que asimismo está cubierto con láminas de zinc y convertido en un vasto salón de estudio, teniendo cátedras á uno y otro lado. Aquél local, por su ventilación y demás circunstancias higiénicas, constituye una notable mejora.

Aunque sin orden, seguiré mencionando lo que vi. El gabinete de física experimental se encuentra dotado de todos los aparatos que requiere la enseñanza de aquella ciencia.

El de Historia Natural, que cuenta ya con un número bastante crecido de aves disecadas, se debe, en gran parte, al empeñoso afán del Señor Dr. Alfredo Dugès, quien, hábil en la ciencia de la taxidermia, ha hecho personalmente todas aquellas disecaciones y ha procurado el mejoramiento de este importante ramo, del cual es catedrático desde que se estableció la clase.

El local de la cátedra de Mecánica, que rápidamente visité, así como el de Anatomía, demuestran el empeño que en ellas se ha tenido. Es de sentirse que el de esta última esté tan reducido.

Del laboratorio Químico basta con decir sencillamente, que está á cargo y dá la clase respectiva el distinguido Profesor Señor Vicente Fernández, de reconocida nombradía en toda la República.

En el cuarto piso se encuentra la cátedra de Mineralogía, notabilísima por las ricas colecciones de piedras minerales que tiene, científica y escrupulosamente clasificadas, y cuyos ejemplares son incontables.

Existen así mismo las cátedras de Dibujo, Pintura, Música, Gimnástica y otras de que sería largo hablar.

Al distinguido Gobernador actual se debe una importantísima mejora que más tarde vendrá á producir benéficos resultados. Ha establecido los cursos completos de la carrera de Ingeniero Civil.

El mismo Magistrado ha establecido nuevamente el internado, abolido en época anterior, y al efecto, obtuvo de la Legislatura la autorización para invertir la suma de \$ 8,000 en las reparaciones necesarias, á efecto de recibir y alojar convenientemente á los jóvenes cursantes.

El comedor, la cocina y los departamentos que sirven de habitación á los alumnos, presentan el más pulcro aspecto de aseo; y proporcionan por sus condiciones higiénicas, todo lo necesario para que la salud no se altere.

Sin sentirlo encontrábame ya á una grande altura. Estaba en el quinto piso, en donde ví el Observatorio meteorológico recientemente establecido y para el cual, según entiendo, se han encargado algunos instrumentos relativos á las labores que allí deben verificarse.

Después de esto creí que ya no tenía más que hacer sino descender nuevamente y que todo lo había visto; pero una sorpresa me esperaba. Un recuerdo de los jardines babilónicos debía ser el término de mi visita. A la misma altura de aquella elevada azotea se encuentra un bonito jardín esmeradamente cultivado. Hasta entónces me acordé que vivía en la montaña, acariciado por los agrestes aires de la serranía.

Siento positivamente el no poder dar de este plantel de instrucción secundaria y profesional, una idea tan exacta como él se merece, y como yo quisiera hacerlo; pero sólo he podido consignar lo que más llamó mi atención, y por lo tanto, tengo presente en mi memoria confusamente iluminada por ligerísimos apuntes."

Pasó luego la comitiva al Palacio del Gobierno, á un almuerzo con que el Ayuntamiento constitucional obsequiaba al General Díaz.

El comedor donde se sirvió el banquete es un amplio cuadrilongo con dos grandes vidrieras que rasgan uno de sus lienzos hasta una gran elevación, por donde penetra la luz dejando ver hasta sus más pequeños detalles. Lujosamente tapizado con elegante y rico papel, está cubierto en su altura por un tejado de acanalado fierro, pintado con un tono oscuro, ornamentado con filetes de reluciente oro y sustentado por una armadura de hierro fundido de caprichosas labores. Dos grandes vidrieras le dan acceso por los salones del Palacio, y otras dos en el fondo, se utilizan para el servicio interior.

Esta notable mejora que se hizo bajo la dirección del Ingeniero Alberto Malo, se debe al Señor Mena, que la llevó á cabo en tiempo de su Administración.

En dicho salón estaba colocada una espaciosa mesa que cubría uno de sus lienzos, prolongándose con otras dos hacia ambos lados, formando ángulos rectos hasta terminar cerca de las vidrieras por donde ésta era servida.

Ciento cuatro personas concurrían. En el lugar de honor colocóse el General, teniendo á su derecha al Señor Gobernador, á su izquierda al joven Lic. Luis Robles Rocha, presidente de la Legislatura y á su frente, al Señor Lic. Miguel T. Barrón, Jefe Político del Departamento de la Capital y presidente del Ayuntamiento.

Las personas más notables por su posición política, por su valer social, por su inteligencia, por su saber ó por sus riquezas, se encontraban al derredor de aquella elegantísima mesa que no tenía más defecto que el no estar embellecida por ese hermoso sexo á quien debemos la existencia, los ensueños de amor y los dulces y melancólicos recuerdos.

Rica vajilla del Estado, esbeltos y valiosos centros, fino servicio de cristal *baccarat*, argentinos cubiertos y niveos manteles daban á aquella mesa un todo perfectamente aristocrático.

Por demás sería que yo narrase las exquisitas viandas y los costosos y añejos vinos que se sirvieran; más bien debo describir la amable franqueza, la distinguida finura de aquella reunión, y los interesantes brándis que se pronunciaron.

En sociedad se incurre en uno de estos dos defectos extremos: ó en la llaneza ó en la afectación. Ese término medio, que es el justo, y que sólo tienen las personas que lo han adquirido en la época de la lactancia, se encontraba en todos los caballeros allí reunidos.

La finura en los modales se adquiere por la educación, y en vano sería probar lo que no necesita prueba. Todos allí podían presentarse á oposición si de finura debiera abrirse una cátedra."

"A las siete de la noche los Señores Díaz y Muñoz Ledo fueron victoreados por un club compuesto de cosa de mil hombres procedentes de las minas de Cata, Mellado y Rayas, que no habiendo podido concurrir á la recepción el día anterior, se reunieron aquella noche para mostrar su adhesión. Cuando los expresados Señores se presentaron en uno

de los balcones del Palacio, frente al cual desfilaba la comitiva, tuvo lugar una verdadera ovación. La vista que presentaba aquella reunión, era realmente agradable, por la multitud de mechas encendidas que llevaban los mineros.

Vastos fuegos de artificio lanzaban en esos momentos al espacio sus millares de centellas, sus infinitas chispas y sus densas columnas de humo.

A las ocho comenzaron á escucharse las serenatas que daban dos músicas: la del Primer Batallón de Guanajuato, frente á la casa de Gobierno, y la del 4.<sup>o</sup> Regimiento en el precioso Jardín de San Diego. Este paseo estuvo muy concurrido y lo honró el General con su presencia, así como el Gobernador y otros estimables caballeros. El jardín estaba profusamente iluminado á «giorno.»

La Compañía teatral que allí trabajaba dedicó al General y á su comitiva una lucida función, á la que concurrió en unión del Señor Gobernador.

Sabiendo que al siguiente día me esperaba presenciar algo á que no estoy acostumbrado, apenas pude conciliar el sueño."

El día 27 visitó el General la Mina del Nopal y en la noche concurrió á un baile que en obsequio suyo se daba en Palacio. El 28 se verificó la entrega de su bandera al Primer Batallón del Estado; y el 29 tuvo lugar un espléndido baile en la casa de Don Francisco de P. Rubio, todo lo cual juntamente con otros acontecimientos, describe así el Señor Echeverría.

"El día 27 se anunciaba variado, y más lo fué para nosotros hasta su conclusión.

El General Díaz estaba invitado, así como su comitiva, por los Señores Robles y Ederra, á abandonar en la mañana la luz del día para penetrar en una oscura mina; y por el Señor Gobernador á olvidar las sombras de la noche en medio de la vívida luz de un baile, que le ofrecía en Palacio.

A las nueve de la mañana, en unión de los Señores Luis Robles Pezuela y Joaquín Alcalde, me puse en camino hacia la hacienda de beneficio de metales llamada de San Javier, situada al N. O. de la ciudad y sobre el camino de la mina de Cata.

A las diez llegaron á dicha hacienda los Señores Porfirio

Díaz y Manuel Muñoz Ledo. Fueron recibidos con repiques de sonoras campanas, músicas, cohetes y grandes demostraciones de júbilo.

Al instante mismo de su llegada se vió ascender magestuosamente un globo aereostático de grandes dimensiones, el cual llevaba la siguiente inscripción: «Gloria al Benemérito General Porfirio Díaz.»

Los Señores Mariano Robles y Francisco Ederra, dueños de la Negociación, asociados con los Señores Luis Robles Pezuela, Ignacio G. Rocha y Luis Robles Rocha, hacían los honores á los ilustres convidados.

Así mismo los Señores Carlos, Alberto, Enrique y Pedro Robles, Francisco y Manuel López, Lorenzo Arguimbau, Ignacio Ibarguengoitia, Alejo Harán y Guillermo Montes de Oca, habían sido nombrados por los Señores Manuel Robles y Francisco Ederra, para recibir dignamente al General Díaz y al Gobernador del Estado. Esta comisión desempeñó su cometido de una manera satisfactoria.

Todas las personas que visitan esta hacienda tienen que pagar una contribución personal, de por sí rara y divertida. Por esta causa los nombres del General Díaz y del Señor Gobernador fueron inscritos en un gran libro, y después se les suplicó subiesen sobre una báscula, para conocer el peso individual de cada uno de ellos. Esta es la contribución. El resultado fué que el General Díaz tiene seis arrobas dos libras de peso y el Gobernador Muñoz Ledo, cuatro netas.

El Señor Tomás Háller, digno é inteligente administrador de la Negociación, se encontró orgulloso después de haber enriquecido su libro con esas nuevas anotaciones.

Acto contínuo, el Señor Robles Pezuela, con esos profundos conocimientos que lo distinguen en el ramo, y con esos finos modales que revelan su caballerosidad, se esmeró en cautivar la atención de los Señores Díaz y Muñoz Ledo, haciéndoles cuantas explicaciones científicas exigía aquella visita, y dándoles á la vez todos los pormenores necesarios para que conociesen esa hacienda que bien puede servir de modelo, tanto en su administración cuanto en su elegante construcción y ornato.

Terminada la visita en la hacienda de San Javier pasamos

á la mina del Nopal, distante un kilómetro, y también propiedad de los Señores Robles y Ederra.

Los Señores Díaz y Muñoz Ledo fueron conducidos en un magnífico carruaje, y la comitiva fué trasportada en un ferrocarril de tracción animal, construído exclusivamente para el uso económico de entrambas negociaciones, y el cual tiene colocados sus primeros rieles en la puerta superior de la hacienda de San Javier, y los últimos á unos 300 metros dentro de la mina del Nopal.

Al llegar los Señores Díaz y Muñoz Ledo á la mina, fueron recibidos por nuevas y más entusiastas pruebas de adhesión y simpatía. Una gran orquesta ejecutó el Himno Nacional. Globos aereostáticos, cohetes, cámaras, repiques y grandes demostraciones de los mineros, fueron el complemento de aquella espléndida recepción.

El patio de las *pepenadoras*, que dá entrada á la mina, estaba engalanado con flores y banderas. Las *pepenadoras* que allí se encontraban, en número de cincuenta, formadas en batalla, con trajes lucidos, con sombreros de raras y diversas formas, con sus grandes martillos al hombro, recibieron al General y al Gobernador con entusiastas vivas.

La boca del socavón está muy léjos de tener las dimensiones de la de Cacahuamilpa. No amenaza, no impone, excita simplemente la curiosidad de conocer si por aquel oscuro antro se llega á un nido de *gnomos*, á la habitación de un Polifemo, á la guarida de terribles ladrones que roban princesas y se hacen sus amantes.

No hay señales de una explotación minera, el ruido de las carretillas no se oye, los mineros no aparecen, los minerales no se presentan como una tentación, despertando sentimientos de codicia.

Una multitud de personajes elegantes los unos, bien puestos los otros, pero todos alegres penetran por la boca-mina.

Un abogado precavido pregunta en voz baja si todos van armados: teme que un león de Numidia se desprenda de aquellas sombras, ó que el flexible cuerpo de una serpiente azote el pecho del más osado de los viajeros.

Un pequeño, pero elegante wagón, tirado por una mula enjaezada y con guirnalda de flores, aparece en la boca del

socavón: el General Díaz y el Gobernador han tomado sus asientos en él, acompañados de cuatro personas más.

Un ruido se escucha á enorme distancia, semejante al de una tempestad, ese ruido aumenta y cambian sus sonidos.

El túnel, que mide 300 metros hasta el tiro, está profusamente iluminado con faroles de cristal y venecianos, repartidos en la bóveda oscura y húmeda: además por luces eléctricas y de vengala y por cien mechas mineras sostenidas por otros tantos *morrongos*, que están colocados formando valla.

Las terribles explosiones de las cámaras hacen temblar los muros naturales de aquella sombría construcción, y multitud de gigantescas siluetas de los espectadores se quiebran al proyectarse en la desigualdad de las rocas.

Caminábamos hácia el tiro principal de la mina. Un tiro de mina es siempre imponente. La boca está desgarrada y aún se figura ver en ella formidables mandíbulas; despide ese hálito túbio de las entrañas de la tierra, mezclado con el olor del pabilo, del sebo, de la pólvora; de la respiración humana, y de los gases que de allí se desprenden. Se sabe que hay en el fondo centenares de hombres, y no se escuchan ni sus gritos ni su trabajo. No se les puede dar luz, pero las bombas les envían aire. Por el tiro de extracción se sumerje una cuerda ó una cadena; la cuerda desciende rígida, la cadena se oxida y á veces se rompe precipitando siempre un bulto. El capataz del tiro se conforma con preguntar: ¿fué un hombre? ¿fueron cien arrobas de mineral?..... Toda aquella imponente maquinaria funciona en la oscuridad; los malacates rechinan, el vapor se condensa rápidamente; la carga golpea en las rocas y se vacía en carretones encarrilados; los mineros sudan y su sudor se confunde con las aguas de filtración; las luces *chisporrotean*; hay carcajadas en aquel trabajo sombrío y terror por las probabilidades de una muerte cruel y silenciosa. Los que escapan, tosen después de cuatro años y escupen sangre, y después de haber pasado por sus manos, en las tinieblas, millones de riquezas, espiran en la miseria bajo la sombra de un miserable desván.

El General Díaz, presidiendo la comitiva, llegó al borde del precipicio: este tiro tiene 300 metros de profundidad.

Cuatro grandes toneles de fierro funcionan en él, extrayendo una tonelada de agua cada dos minutos.

Una gran cantidad de bombas fueron arrojadas dentro del tiro, las cuales hacían explosión al encontrar el primer obstáculo en su caída ó cuando la mecha había ardido. La montaña se conmovía sin hundirse y sin que se desprendieran pedazos de sí misma; solamente el aire produjo ruidos en los socavones y apercibimos ecos que parecía que no correspondían á ningún sonido humano.

El tiro de extracción se iluminaba por intermitencias, con relámpagos subterráneos, causados por enormes estopas embreadas é impregnadas de aguarrás que se arrojaban desde la altura. La combustión aunque instantánea, presentaba un paisaje parecido á los cantados por el Dante; las rocas dejaban ver su forma un segundo y volvían á desaparecer en las tinieblas compactas, mudas, aterradoras; el abismo parecía irritarse con la luz y hacerse más imponente, más austero más implacable.

Descendimos por el tiro, que llaman del trabajo, donde en la roca viva se halla tallada la escalera; el cincel que ha trabajado en esta obra es rudo, y el mérito de ella consiste en su atrevimiento: es un inmenso y amplio caracol que sondea el abismo y que al descender por él, alumbrado por las antorchas, se producía una vista fantástica de sombras disformes, inexplicables y movedizas.

Llegamos por fin á la Capilla; penetramos en ella, y allí una orquesta dejaba oír notas musicales que parecían gemidos. En ese salón se había preparado un simulacro de trabajos mineros por una sección de veinticinco silenciosos barreteros, engalanados con el traje del primer hombre.

Multitud de mineros alumbraban, tea en mano, como los *grec-eyes*, el interior de una pirámide egipcia.

Las fisonomías tornáronse graves. Creía yo estar rodeado de romanos dispuestos á orar en las *oatacumbas* de la ciudad eterna, y á morir en defensa del Cristianismo, ganando la palma del martirio debida á la crueldad de un Diocleciano.

Cuando la música cesó, escuché un ruido infernal de hierro golpeando la roca.

Terminado este simulacro de trabajos, los mineros felicita-

ron al General Díaz, haciéndole una ovación imponente. Los *cítopes* estaban contentos, y habituados á lo tétrico de aquella estancia, pretendieron sacar un sonido alegre de esas masas inmóviles y eternas. Las barretas golpeadas con tesón por acerados martillos y mil gritos estridentes lanzados por rudas voces, acompañados por la música, formaron la armonía lúgubre de aquella escena que impresionó hasta á los más decididos de la caravana . . . . .

Salimos de la mina. Las *popenadoras* felicitaron á los que habían visitado las entrañas de la Madre Tetis. La orquesta ejecutó una hermosa marcha triunfal; alegres la escuchamos; no pesaba ya sobre nosotros la inmensa mole de aquella montaña.

Acto continuo, pasamos á un salón en la habitación del Administrador, donde se sirvió un bien preparado *lunch*, sin faltar en él, riquísimos vinos y licores.

Los Señores Luis y Mariano Robles Pezuela, Joaquín Alcalde y Luis Robles Rocha, pronunciaron brándis llenos de elevados pensamientos.

El General Díaz brindó también. Sus palabras llenas de sentimientos de afecto, nacidos de su corazón, vinieron a formar el panegírico del Señor Luis Robles Pezuela. Sus conceptos hicieron palpitar de emoción los pechos de los presentes, afectando profundamente el de aquél á quien eran dirigidos, quien seguramente experimentaba ese enternecimiento misterioso que dulcifica las penas sufridas y llega hasta mitigarlas.

El General fué estrepitosamente aplaudido. Dos nuevos y verdaderos amigos había allí: el General y el Señor Luis Robles Pezuela.

Después, el Señor Mariano Robles, obsequió personalmente al General y al Señor Gobernador con riquísimas piedras de la mina: última demostración de afecto con la cual terminó la visita al NOPAL, cuyos recuerdos serán siempre gratos é inolvidables.

A la una de la tarde regresábamos á Guanajuato.

La sombra había pasado á la mitad del día: la luz nos esperaba á media noche.

Así fué. A las nueve de la noche llegué á la puerta del Palacio.

Al primer golpe de vista fué para mí muy grato. A la entrada, estaba formada una gran guardia de honor. El patio, se había convertido en un jardín, en cuyo fondo se dejaba ver una cascada de caprichosísima forma, medio cubierta por gracioso follaje, cayendo los hilos del claro líquido desde gran altura hasta un amplio vaso del cual se derramaba en pequeños arroyuelos que iban á refrescar los diversos prados de aquel jardín. La vista evidentemente me engañaba y fuéme preciso hacer uso de algún otro de mis sentidos, para convencerme de que aquello no era la verdad.

A la izquierda de dicha cascada, se miraba la gran escalera tapizada de paño rojo cuajado de pequeñas lentejuelas de oro y vallada por balaustrados de hierro cubiertos de plantas olorosas y de rosales ostentando sus bellísimas flores. En su amplio descanso, estaba colocado un gran espejo que reproducía la multitud de luces que alumbraban aquel verjel y los diversos matices de las plantas mencionadas. Sobre estriadas columnas, colocadas de trecho en trecho, se veían hermosos candelabros de bronce llenos de luces.

Multitud de macetones con frondosas plantas, ramas de árboles, artísticamente colocadas; festones de heno; luces venecianas en verdadera profusión y elegantes candiles de bronce y cristal, convertían el patio y la escalera en un accidentado jardín de particular belleza.

En la parte superior de la escalera, en una pequeña galería, había otro jardín en el cual estaba colocada la orquesta.

Después de haber contemplado aquella hermosa cascada, aquel hermoso oasis, aquella elegante escalera, que parecía una elevación natural del terreno por donde seguía el trepador follaje, llegué á la puerta del salón de baile. Es éste elegantísimo y estaba admirablemente adornado. El tapiz de los muebles y las ricas colgaduras de los balcones y vidrieras de comunicación para los otros salones, es de rico brocado de tela roja. Grandes espejos, elegantes cortinas de

punto y mullida alfombra, completaban el menaje. Aquel gran salón estaba iluminado por un hermoso candil, con multitud de luces que aumentaba la claridad de las muchas bugías que estaban colocadas al derredor de la estancia sobre candelabros de elegantes formas.

El aspecto que presentaba en su conjunto era verdaderamente aristocrático y venía á embellecerlo, de una manera para mí indecible, la multitud de hermosas señoritas cuyos ojos hacían empalidecer las 200 luces de aquel salón. Este alumbrado debería llamarse eléctrico con más razón que el perfeccionado por Edison, pues alumbraba no sólo á la materia sino también al espíritu.

Aquel conjunto de bellezas guanajuatenses, era un cántico de amor, era el más bello matiz de la ilusión, era el más soñado ideal de la mente, era la fuente de la inspiración y de la poesía. No podía ser de otra manera: allí estaba la sociedad escogida de aquella culta capital; y aunque anticonstitucional la medida, comprendí que se había exigido pasaporte para que no penetrase en aquella reunión sino la que llevase patente de hermosa.

Al encontrarme en aquella sociedad, cuyas fisonomías me eran desconocidas, figuréme que me hallaba en uno de los amplios salones de escultura de la artística Roma; y que algún encantador con su vara mágica, había hecho que tomasen vida, color y animación todas aquellas escultóricas figuras.

La Señora Josefina Obregón de Muñoz Ledo, hacía los honores de la casa con exquisita finura, acompañada por su digno esposo el Señor Gobernador.

El Señor General Díaz, presentado á las damas y caballeros, no tuvo un momento en que no fuese justamente cumplimentado y atendido.

La orquesta, interpretaba una bella composición de Strauss, cuando una joven de bellissimo semblante y de picarezcas facciones cautivó mi admiración. Cada una de sus sonrisas era un epigrama y cada una de sus miradas una broma. ¿Quién es esa encantadora criatura que parece vivir matando? le pregunté á algún amigo. Es María Párres, me con-

testó. ¡María! No se me olvidará este nombre. ¡Aquí hay peligro! dije, y fuíme á otro lado del salón.

Allí admiré una belleza clásica, seductora. Era Elena Goerne, cuyos preciosísimos y pequeñitos piés, en coquetísima botita blanca, no debían tocar la tierra como no la toca jamás el *kuma*, esa ave milagrosa de los orientales.

Honréme cinco minutos platicando con la graciosa y distinguida Señorita Luz Robles Rocha. La virtud se revela en su bello semblante. Sus distinguidas maneras, su fina educación y su agradabilísima conversación, hacen que sea una de las joyas más preciadas de aquella sociedad. Esto no es un elogio, es hacer justicia al mérito.

La belleza, la gracia, la elegancia y las distinguidas maneras de la Señorita Luz Castañeda, forman un conjunto encantador. Para su adorno no necesitó más, que de flores sus hermanas, siendo ella la reina de todas. Simpatías y alabanzas era lo que ella recogía de aquella concurrencia que comprendía todo su valor. Detallar su magestuosa esbeltez, la forma correcta de sus facciones, la delicadeza de su tez, la expresión de sus negros ojos, así como describir su sonrisa y la belleza de sus manos, sería cosa difícil para un poeta é imposible para mí.

¡Quién no se cree en Atenas al ver á Luisa Chico! Fidias hubiera declarado incorrectas sus obras si la hubiera conocido.

El que conozca á Josefina Bouquet, á la encantadora rubia, no sabrá que admirar más, si su belleza ó su maestría en el baile.

Debo también hacer mención muy especial de estas otras bellísimas damas y señoritas, á quienes conocí. Comenzaré por.....pero si continúo hablando de tanta hermosura, el rico idioma de Cervantes será pobre para mí. Preciso es que yo calle.

No puedo describir los elegantísimos trajes y tocados que en ese baile tan justamente admiré. Confieso mi ignorancia absoluta en esta clase de descripciones; yo no sé ni los nombres de las hermosas telas ni el de la multitud de detalles de que se forma un traje de señora. Basta decir, que todos

eran variados y de caprichosas formas con muy ricos adornos, y que todos ellos formaban un conjunto de verdadero gusto y elegancia.

Valiéndome de la conversación que tuve con una amabilísima dama, puedo decir: que la Señora Josefina Obregón de Muñóz Ledo, vestía con verdadero lujo y con inusitado gusto. Llevaba un elegantísimo vestido color crema con volantes dobles de encaje de tul y dos guías que recogían los abullonados de la sobre enagua; pequeñísimas mangas sostenidas por *bouquets* encarnados; portaba un precioso ahogador de brillantes con un magnífico guardapelo; en la cabeza tenía una rica diadema y un ramo artificial. De porcelana de Sévres parecía la Señora de Muñóz Ledo! ¡Tan hermosa así estaba!

La Señora Antonia del Moral de Jiménez llevaba un traje verde-mar y ostentaba hermosísimas y valiosas alhajas que hacían realzar su belleza.

La Señora Angela Cumming de Ibarguengoitia se engalanaba con costosísimas alhajas y vestía un traje de . . . más, ¿para qué es describirlo? Todo se pierde al contemplar sus grandes y hermosísimos ojos.

A las doce de la noche fué servida una espléndida y bien servida cena, que en todos sus detalles correspondieron al aristocrático baile. No podía esperarse menos de la galantería del Señor Muñóz Ledo.

Después de hora y media que pasamos en el salón comedor, se reanudó nuevamente el baile, siempre animado. Aquel salón era un centro de ensueños, de alegría y de felicidad suprema.

La orquesta que nos hizo escuchar tan suspirantes melodías, fué dirigida por el Señor Telésforo Vargas, es verdaderamente notable por el número de profesores que posee y por el gusto que tiene su director para la elección de piezas de general aplauso y de singular gusto. Los walses alemanes y las cuadrillas francesas, fueron perfectamente interpretadas por dicha orquesta.

Diffícil me sería mencionar nominalmente á todas y á cada una de las elegantes señoras y señoritas que concurrieron al

baile; tanto más difícil para mí en mi calidad de forastero. Pero si mi memoria no me es infiel, diré que allí se encontraban entre otras muchas las Señoras Soledad Otero de Párres, Francisca Ramírez de Goerne, Ignacia González de Chico, Guadalupe Vázquez de Urrutia, Luz Obregón de Castañeda, Ana del Moral de Anaya, Luisa Ibarguengoitia de Alcázar, Señora Valle é hija, Señora Parkman é hijas, y las Señoritas Francisca Goerne, Elena Castañeda, Dolores Robles Rocha, Enriqueta Rubio, Paula y María Rocha, Virginia Chico, Engenia Echeverría, Concepción Vázquez, María, Josefina y Clara Brokman y Soledad Burquiza.

Entre los caballeros, figuran todos aquellos que se distinguen por su buena posición social en la culta Guanajuato.

A las cuatro y media de la mañana terminó aquel delicioso baile que pasó como pasa un suspiro del alma; que fué un fiel trasunto del paraíso, un sinónimo de la felicidad, un apoteosis del buen gusto.

El Señor Gobernador debe encontrarse orgulloso del éxito que alcanzó el baile dado en Palacio en obsequio del General Díaz.

Para terminar, diré: que así como los egipcios tienen el sentimiento del misterio, los alemanes el de la gloria, y los rusos el del éxtasis, así la sociedad de Guanajuato tiene el sentimiento de la finura.

#### CEREMONIAS MILITARES.

Por la parte de Axarquía, como diría un árabe, presentose armado de punta en blanco el caballero Febo, persiguiendo las sombras de la noche, poniéndolas en derrota y llenando con su séquito de luz el nuevo día.

Era el día 28, señalado por el C. General de División Porfirio Díaz, para que se verificase el solemne acto de la entrega de la bandera que hacía por sí y en representación del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, C. General de División Manuel González, al Primer Batallón del Estado Libre y Soberano de Guanajuato, quien debía protestar defendiéndola en los campos de batalla hasta morir.

Desde las primeras horas de la mañana notóse un movimiento militar en la población y escucháronse los guerreros sonidos de los clarines, cornetas y tambores, que antes eran escuchados con pavora en épocas luctuosas, y que hoy lo son con agrado, pues en medio de la paz en que vivimos, sólo representan el «alerta» de vigilancia para que la tranquilidad pública no sea perturbada.

En la época de las Juntas y de los Torneos, las damas presentábanse á ver lidiar á los valientes paladines, para infundirles ánimo. Por esta razón las de la capital de aquella Entidad federativa, alistábanse á presenciar el solemne acto, que á las doce del día, debía tener verificativo, pues estaban persuadidas de que, los valientes que iban á recibir la tricolor enseña, no la abandonarían jamás al recordar que las bellas guanajuatenses les habían oído protestar defenderla hasta morir.

A las once de la mañana, en un plano horizontal que forma la confluencia de dos robustas montañas, en el punto denominado la Presa de la Olla, se miraba tendido en batalla el Primer Batallón del Estado, á las órdenes del C. Coronel Juan Togno. Los Regimientos 4.º y 7.º de la Federación y una sección de Artillería del Estado, guardaban la misma posición; formando estas fuerzas una brigada á las inmediatas órdenes del C. General Manuel Inclán.

Las bellas damas coronaban los balaustrados de los balcones y los amplios corredores exteriores de las casas inmediatas.

El pueblo, en varios grupos, llenaba el resto del terreno en espera de presenciar la militar ceremonia.

Mientras tanto el C. General Díaz, acompañado por los de igual clase, Lic. Manuel Muñoz Ledo, Gobernador Constitucional del Estado y diputados al Congreso de la Unión, Coronel Jacinto Rodríguez y Lic. Joaquín Alcalde, ocupaba en compañía de estos un carruaje abierto que debía conducirle al lugar de la ceremonia.

Marchaba tras de este, otro carruaje en que eran conducidos los CC. Generales de Brigada Manuel Orellana Nogueiras y Antonio Gayón.

El pueblo rodeaba á los ya expresados, gritando «vivas» á los dos primeros ciudadanos.

A las doce del día presentóse el C. General Díaz con los ciudadanos ya mencionados, pié á tierra, frente al centro del Batallón, en donde se encontraban el General Inclán y el Coronel Togno. Inmediatamente el clarín de órdenes dió el toque de presentar armas, y en este instante todas las personas ya nombradas, se descubrieron la cabeza en señal de respeto.

El numeroso pueblo guardó silencio durante la ceremonia.

Una sección del 4.º de Caballería, colocada al frente del Batallón, portaba la valiosa y elegante bandera que iba á ser entregada á éste; y al encontrarse el General Díaz delante del Coronel Togno, el Teniente Coronel Clemente Villaseñor, con tres oficiales del expresado regimiento, la depositaron en las manos de aquél.

Tomóla el General Díaz en la mano derecha, y dirigiéndose al Coronel del Batallón, dijo:

Compañero: El Presidente de la República me ha conferido el honroso cargo de apadrinar, en su nombre, el acto de la solemne entrega de vuestra bandera. Yo acepté, y cumpla con reconocimiento esa misión, porque ella me proporciona el doble placer de visitar esta hermosa ciudad y de plantar, en medio de vuestras filas, la tricolor bandera de Iguala, que cultivada por vuestras virtudes militares, será en vuestras manos la enseña de la fidelidad y de la victoria; de vuestra fidelidad hácia el Gobierno legítimo de la República, de vuestras victorias contra los enemigos de las instituciones y de la Patria.

¡Soldados! Que este sagrado girón de seda, tenga para vosotros más estimación que la familia y la vida; que sea el emblema de ese valor, de esa constancia y de esa disciplina que han hecho inscribir en los anales de nuestro ejército, el nombre ya ilustre, del Primer Batallón de Guanajuato.

El Coronel Togno, dirigiéndose á sus subordinados, dijo:

Ciudadanos Jefes, oficiales, clases y soldados del Primer Batallón del Estado:

Por vuestra organización, disciplina, lealtad y buenos ser-